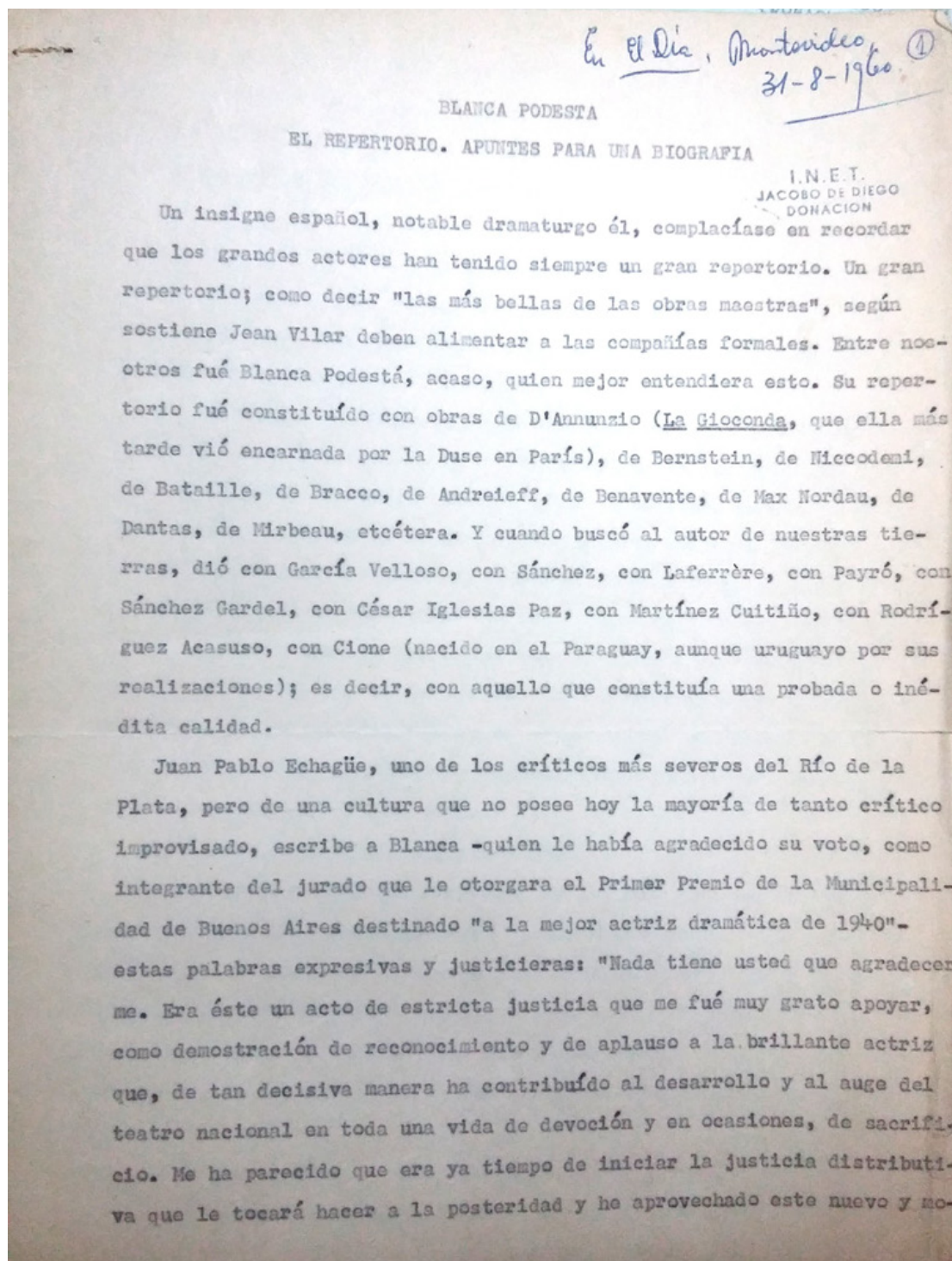


Blanca Podestá

El repertorio. Apuntes para una biografía



F-54
I.N.E.T.
JACOBO DE DIEGO
DONACION

(2)

mentáneo contacto mío con el teatro, del cual vivo ahora tan alejado, para recordarles a las nuevas generaciones el deber de gratitud que tienen contraído con los que echaron las bases y levantaron el edificio artístico que al presente a todos nos enorgullece".

Blanca nació la última en la seguidilla que fué alumbrando Ana Viscainst. Primero afloró María, vino después José Francisco, más tarde Arturo, Anita... Las cinco tachas, las cinco monedas de plata más brillantes en la cincha de don Jerónimo.

Ana Viscainst era uruguaya, hija de vascos franceses; Jerónimo Podestá porteño, el único nacido en Buenos Aires, entre sus hermanos. Ella, a quien llamaban "la madre ridícula", por el exaltado cariño a sus hijos, tenía, según nos lo recuerda Blanca, un carácter fortísimo, indócil, irreprimible en el desborde. El "tenía en su corazón la bondad y la comprensión de toda la vida". Era "un sentimental profundo... sentía el dolor y el placer con una intensidad inmensa", según lo recordará Blanca muchos años después y hoy se complace en repetírnoslo. Con el encanto que la distingue va dibujando a sus progenitores. Nosotros la escuchamos atentamente con el propósito de registrar otra página para la biografía de los Podestá. Es el dato virgen.

-Estábamos en el Rivadavia sobre 1901.

Veamos aquel momento triste entre los hermanos, en que la conocida separación de los Podestá abre dos rumbos importantes. Nadie dijo nunca la verdadera causa; José J., en su libro de memorias Medio siglo de farándula, soslaya el motivo del cisma fraterno. Pero Blanca hoy nos lo dice expresando con ademán y voz elocuentes aquella "angustia terrible, porque era la separación de la familia", que agitó a todos de la misma manera.

Fueron dos muchachas las culpables, dos partiquinas alegres que integraban el conjunto de bailes criollos de los Podestá. Tal vez la culpa

alcance en parte a Pepe, "a quien -son siempre palabras de Blanca- apodaban el Fec, picado de viruelas, pero con una dentadura alumbradora y de una simpatía divina que enloquecía a las mujeres"; quizá Ana Viscainst no esté libre asimismo de toda culpa, por su carácter fuerte, por su conducta de bien exageradamente controlada. El caso es que la madre no podía tolerar el escándalo o los posibles malos ejemplos que suponía el comportamiento de aquellas jóvenes frente a sus hijas María y Ana.

-Yo, no; yo no podía entender nada de esto, pues era muy pequeña...

Don Jerónimo se vió en la alternativa a que le ponían, por un lado, la exigencia inflexible de doña Ana, su mujer: quitar de en medio a aquellas bailarinas; y, por otro, la determinación de su hermano Pepe de mantenerlas en la compañía. Tenía que suceder.

-Sobre el escenario colocaron cuanto poseían. Era para deslumbrar. Había allí la mar de rastras, de cuchillos, de boleadoras; pretales, estribos, los más hermosos arreos; en fin, todos los atuendos del apero gaucho. Plata y oro. Una fortuna. Sus botas de petro y sus chiripaes eran famosos.

Fueron separando a un lado y a otro, lo que uno y otros preferían. El reparto se hizo sin discusión.

-Había también un armonio, que mi padre quería mucho, y se llevó.

Jerónimo y sus hijos se fueron al teatro Libertad (calle Ecuador entre las de Corrientes y Lavalle); Juan, Antonio, Pablo y Pepe, con los hijos del primero: Totón, Hebe, Marino y Aparicio, rumbearon para el Apolo (1).

Sin desmerecer toda la faz de la obra realizada en el Apolo, debe reconocerse que la eclosión artística se producía en el Rivadavia primero, y después en la Comedia, por los años 1903, 1904, 1905 (2), donde entonces actuaban Jerónimo y los suyos. El Apolo, en cambio, mostraba sus carteleras alimentadas substancialmente, durante el primer lustro del nuevo siglo, con producciones del género chico, hasta la vuelta de Sánchez con

f-54
I.N.E.T.
JACOBO DE DIEGO
DONACION

(4)

Barranca abajo, Los muertos y En familia, y de otros autores de prestigio como Coronado y Peña.

Blanca Podestá tuvo siempre un público numeroso. En cierto modo ello nos demuestra que un selecto repertorio puede ser popular, y pone de relieve cuánta razón alentaba la doctrina escénica de Fermín Gómez. Por esto y, entre otras cosas, porque es una actriz extraordinaria escribimos aquí hoy su nombre, depositando una "moneda" a cuenta de esa deuda de gratitud que con ella y los Podestá tenemos contraída, como bien dijera el autor de Una época del teatro argentino.

(1) En octubre de 1906 nuevas diferencias hacen que Pablo Podestá deje el Apolo y forme otra compañía. Se incorpora entonces Florencio Parravicini.

(2) Algunos estrenos significativos: Caín, de Enrique García Velloso (1903); M'hijo el doctor, de Florencio Sánchez (1903); La gaviota, de Nicolás Granada (1903); Sobre las ruinas, de Roberto J. Payró (1904); Canillita, de Sánchez (1904); Jettatore, de Gregorio de Laferrère (1904); Almas que luchan, de José León Pagano (1905), y, en fin, Marco Severi, de Payró (1905). Recién en abril de este año comienza en el Apolo una serie de estrenos de real importancia.

Julio Imbert

I.N.E.T.
JACOBO DE DIEGO
DONACION

Murió Blanca Podestá, Engarzada en el Linaje de los Creadores de Nuestro Teatro

Poco después del mediodía de ayer falleció en nuestra ciudad Blanca Podestá, figura familiar en el linaje de los tabladeros argentinos, heredera directa de una pionera que se remonta a los albores del teatro argentino, ya que pertenecía a la familia que echó los fundamentos de la escena rioplatense, todos cuyos integrantes estaban ligados a ese quehacer. Culminó la vida a los 92 años, víctima de una larga dolencia que la tenía postrada desde hacía tiempo en su lecho de enfer-

De uno de esos truhanes más vivos arribos que habían recorrido leguas y leguas por tierras rioplatenses, salieron las primeras huellas de artistas que dieron fundamento al teatro nacional. El apellido Podestá inició el acontecimiento a fines del siglo pasado. Luis, Pedro, José Juan, Juan Vicente, Graciana, Antonio Domingo, Amadeo, Pablo y Jerónimo Bartolomé Podestá componían el tronco familiar del hogar de Ana Viscaent — oriunda de Francia — y de su esposo, nacido en Italia. Todos ellos vinieron al mundo con destino señalado, que se cumplió a lo largo de varias décadas y se prolongó en los hijos como una estela de luz.

El 6 de julio de 1866 advino Blanca Podestá en la ciudad de La Plata, hija de Jerónimo Bartolomé Podestá, y hermana de María, José Felicitas, Arturo y Ana.

Blanca Podestá hizo su primera presentación frente al público cuando apenas contaba 6 años de edad, junto a su hermana Ana, en el teatro Olimpo, de su lar nativo, y que después se llamó Coliseo Podestá. Tuvo una iniciación feliz como bailarina. Al finalizar el espectáculo, el público, entusiasmado con la niña de trece años de edad, la aclamó ruidosamente; tanto, que dio lugar a que su profesor, don Amadeo, José Matrocci, saltase al escenario y cant vociferando en el hervor de su sangre italiana, gritara: "¡O sene il suo maestro!".

La semilla de los Podestá había florecido en esa magnífica niña, a quien la estela de los elegidos le iluminaría el camino del arte, sin abandonarla jamás. Su debut oficial se produjo cuando tenía 12 años, al estrenarse el drama en 3 actos "Cain", de Enrique García Velloso, en el teatro Rivadavia (hoy Liceo), integrando la compañía en la que figuraban Orfilia Rico, Enrique Muñoz, Elías Alippi, su padre, Jerónimo B. Podestá, Enrique Arellano, Félix Blanco, Julio Escarcilla, los hermanos Petray y su prima María Esther Podestá.

Su presentación se debió a un hecho fortuito, ya que el papel de Emilia estaba destinado a su hermana María Podestá, quien no pudo actuar por hallarse enferma. Blanca en esa oportunidad la llevó al teatro, presentándola a Ezequiel Soría, director de la compañía, a quien le expresó: "Está solucionado el problema, ¡Esta va a hacer la Emilia!".

La Emilia de la obra de Enrique García Velloso sale que se platado en el escenario, como se podía apreciar, sobrina del actor dramático Pablo Podestá y de su esposa, Olimpia Bordini, con miras a ascender la difícil y áspera cuesta que la llevaría, con su tiempo, a la cima que su vocación le había destinado.

Son los años más fructíferos del teatro nacional, en el que resplandecían los consagrados nombres de Martín Coronado, David Peña, Ezequiel Soría, Enrique García Velloso, Vicente Martínez Cutillo, Nemesio Trejo, Eugenio Gerardo López, José León Pagano, Roberto Payó, José de Maturana, Alberto Ghirardo, Nicolás Gramscin, Carlos Mauricio Pacheco, Gregorio de Laferrere, Florencio Sánchez, Martiniano Leguizamón y Sánchez Gascón.

Bajo esa constelación de autores y de intérpretes de talla, como Orfilia Rico, Pablo Podestá, Salvador Robledo, Félix Balle, Amadeo...

otros que en el correr del tiempo ocuparon sitio de privilegio en los escenarios locales, formó su personalidad Blanca Podestá.

En 1903 su padre organizó compañía propia, presentándose en el desaparecido teatro Comedia a unas metras del café El Seminario, abrigado por el fundador de la familia teatral argentina. Dos años más tarde, Jerónimo B. Podestá, con su hijo político Santiago Fontanilla, constituyó el teatro Nacional, y en 1917, después de una afortunada temporada en el San Martín, asumió la dirección de la compañía su tío Pablo Podestá.

En 1918, la compañía de Pablo Podestá actúa en Montevideo y al año siguiente en Santiago de Chile, asumiendo Blanca Podestá la responsabilidad de encarnar los personajes femeninos principales de las obras estrenadas.

Sus éxitos se escalonaron ininterrumpidamente. Hasta que llegan los años más esplendidos de su trayectoria de actriz dramática, con un prestigio sólidamente asentado en la consideración de la crítica y el público más exigente.

Posteriormente realizó dos viajes a España, estrenando su regreso al país "Manuelita Rosas", de Eduardo Rossi, que alcanzó en el teatro Marconi las cien representaciones consecutivas, cifra inabundante en aquellos tiempos.

En 1920, en la misma sala, Blanca Podestá se presenta en "La Sombra", de Darío Nicodemi; "Anfisa", de Leónidas Andreiev; "La madre del cardenal", de David Peña; "La cruz del sur", de Gustavo Caraballo; "La araña gris", de Armando Mook; "Alma doliente", de J. Berutti; "La malquerida", de Jacinto Benavente; "Maternidad", de Roberto Bracco; "La marcha nupcial", de Batelli; "La enemiga", de Nicodemi, y "La cortina verde", de Julio Dantas.

Tres años después, Blanca Podestá se instala en el teatro Smart, donde actúa como cabeza de compañía, hasta 1927, y al año siguiente pasa al teatro Argentino, debutando con "El pasado renace", comedia sin término de E. García Velloso, a la que puso epílogo Luis Rodríguez Acassio.

El repertorio de Blanca Podestá se acrecienta con "Poker de almas", de Rodríguez Acassio; "Viecha celeste", de Vázquez y Biesse; "El barro humano", de Acassio; "Ausencia", de Gómez Masía; "Odete", de Bernard Shaw.

El itinerario artístico de Blanca Podestá culmina con su inclusión en el elenco oficializado en el teatro Nacional, en 1934, hasta 1949, obteniendo un resonante triunfo con "El condado", que perdió siete días, de Enrique Suárez de Loza.

Pasó el tiempo y Blanca, retirada del quehacer activo del tablado, alejada de la interpretación, no por ello se apartó del teatro. Empresaria del Smart, siguió desde la tradicional sala de la calle Corrientes muy de cerca la actividad de elencos, actores y comediantes, apoyando figuras conocidas, alentando nombres nuevos, dando oportunidad a los autores, en una remota y constante inquietud por lo que constituía la pasión de su existencia.

Numerosas fueron las galardones que obtuvo en su vida artística, la hija de Jerónimo B. Podestá. En 1944 poseyó el primer premio de la Municipalidad de Buenos Aires a la mejor actriz de comedia, de ese año por su labor en "La vida que ha muerto", de R. Acassio. El re-

conocimiento oficial queda aviado por una carta del inolvidable Juan Pablo Eschagón (Jean Paul), quien le dice: "Me ha parecido que era ya tiempo de iniciar la justicia distributiva que le tocará hacer a la posteridad, para recordarlos a las nuevas generaciones el deber de gratitud que tienen con los que echaron las bases y levantaron el edificio artístico que al presente a todos nos energiza".

Cuando hace menos de dos años la Asociación General de Autores del Uruguay (AGADU) inauguró su sala en el solar de la entidad, sus directivos resolvieron por unanimidad bautizarla con el nombre de Teatro Blanca Podestá, para rendir así homenaje a uno de los miembros más vivientes de esa próspera familia de artistas rioplatenses. En la ocasión, Blanca, hacía mucho retirada de las tablas y que estaría conmovida al acto, se halló en el centro más íntimo de su espíritu; el teatro. Con ella se va uno de los últimos miembros de quienes fundaron nuestra escena.

Los restos de la grande y querida figura de la escena nacional son velados en la Casa del Teatro y recibirán sepultura mañana, a las 15.30, en el cementerio de la Recoleta, acto durante el cual harán uso de la palabra varias oradoras designadas por las diversas instituciones que integran actores, autores, empresarios, directores y críticos.

Blanca Podestá evocada por la prensa oriental

MONTEVIDEO, 20 de mayo. — El vespertino "Acción" dedicó un extenso artículo con relación a la muerte de la actriz argentina Blanca Podestá.

Bajo el título "Con Blanca Podestá se apagó otra luz del teatro rioplatense", el periódico dice:

"Con la muerte de Blanca Podestá, ocurrida el miércoles en Buenos Aires, se ha ido una de las grandes figuras de la escena, heredera directa de una gloria que se remonta a los albores del teatro rioplatense, a fines del siglo pasado.

Luis, Pedro, José Juan, Juan Vicente, Graciana, Antonio Domingo, Amadeo, Pablo y Jerónimo Bartolomé Podestá componían el tronco familiar del hogar de Ana Viscaent oriunda de Francia, y de su esposo, nacido en Italia. Todos ellos vinieron al mundo con un destino señalado, que se cumplió a lo largo de varias décadas y se prolongó en sus hijos como una estela de luz.

Dice luego el diario: "Blanca Podestá era un linbo viviente del teatro del Río de la Plata. A más de quince años de su retiro de las tablas, aún su presencia gravitaba en el medio teatral con la cristinidad de los grandes caracteres.

"Apareció como un entrañable lazo con el pasado, en el cual desbordaba como actriz eminentemente modelo de un estilo interpretativo vigoroso y vibrante, de quien dilata Jacinto Benavente que "es el más fuerte temperamento dramático del teatro rioplatense".

"Continuó, luego de su retiro, vinculada al ambiente teatral no sólo por dirigir la sala del Smart, donde era figura inolvidable a los estrenos, sino por los más importantes labos y una tradición familiar honrosamente arraigada al espectáculo, por una vocación fundida y seguida con la seguridad del cumplimiento de su destino que se le mostraba nítido e incontestable.



HABLA DE SUS 47 AÑOS

Debutó en 1902 en el Teatro Rivadavia, Hoy Liceo

Recuerda con Gran Cariño a Populares Artistas y a Grandes Autores de la Escena Rioplatense

En Blanca Podestá, el teatro criollo cuenta con una actriz de singular arraigo, y la familia teatral de la ceca argentina: Blanca y sus hijos, que han sido y son el alma del teatro popular argentino. Este significado de su vida artística, que ella misma ha sabido aprovechar para ella y para su familia, y que ella misma ha sabido aprovechar para ella y para su familia, y que ella misma ha sabido aprovechar para ella y para su familia...



La popular actriz vista por nuestro dibujante Lan

En las paredes están presentes actores y personajes desaparecidos y otros que vivieron. Blanca Podestá, que así cultivó el teatro, se recuerda con gran cariño a populares artistas y a grandes autores de la escena rioplatense. En las paredes están presentes actores y personajes desaparecidos y otros que vivieron. Blanca Podestá, que así cultivó el teatro, se recuerda con gran cariño a populares artistas y a grandes autores de la escena rioplatense.

LOS PODESTA

Hay quienes suelen calcular la edad de alguna figura conocida del teatro, diciendo: "Pero, si ella trabajaba cuando yo usaba todavía pañuelos cortos". Porque olvidan que también esa figura vestía entonces pañuelos cortos. Así se espigó un señor amigo, que a la postre resultó con más años que la actriz a la que "yo trabajaba cuando él era un niño".

En el Rivadavia trabajaron todos los Podestá dedicados al teatro.

—Todos, menos mi madre y mis tíos Pedro y Luis.

—Luego pasaron al Comedia?

—Al año siguiente, cuando los cuatro hermanos de mi padre se trasladaron al Apolo.

—Fue entonces que Jerónimo Podestá formó compañía propia?



Un sorbo y sorbo de café, Blanca Podestá nos relata sus cuarenta y siete años de teatro al lado de las primeras figuras que han desfilaro por los escenarios criollos en esa larga lapso de su vida artística



Apenas cae en sus manos una revista, la popular intérprete criolla busca en ella la "Sección Culinaria", porque en la intimidad es una excelente ama de casa que no desatiende los quehaceres domésticos en las horas que le deja libre el estudio de las obras y la reconcentración de los personajes que interpreta en escena.

Vida Sencilla y Plena de Paz Vive la Actriz

Realizó dos viajes a España, pero en procura de descanso y de estudio, pero todos los proyectos de viajar con compañía propia no llegaron a formalizarse. De regreso de uno de ellos, trajo todo el vestuario para el estreno de "Manuelita Rojas" de Eduardo Rosas, que alcanzó en el Teatro Marconi la enorme cantidad de cinco representaciones consecutivas, cifra inédita en aquella época, y que mereció los honores de su filmación. Con sus compañeros Ballets L. Alippi, Gisanni y Casamayor.

—A qué año se refiere?

—A 1922, aunque ya nos habíamos instalado en esa sala en 1920, con Salvador Rosich, otro gran intérprete prematrimonialmente desamarrado, de primer actor, en ese lapso representamos "La sombra" de Nicodemi, "Anissa", de Andrey, "La madre del cadáver", de David Peña, "Con las alas rotas" de Berisso, "Misterios" de Bracco, "La marcha nupcial" de Batallier, "El ladrón", de Berstein, y otras obras, que constituyeron nuestro repertorio, tal "La enemiga", también de Nicodemi, que repuso el año anterior en el Nacional, Cyrano de Bergerac, que me brindó la satisfacción de reiterados elogios de la crítica y el aplauso del público, y cupo eco estimulante para mi espíritu, se repitió al volvería a interpretar en la pasada temporada veraniega, en el Auditorio de Mar del Plata.

Han distinguido el señor presidente de la Comisión Nacional de Cultura y el director de ese teatro, Alfredo Vaghi.

47 AÑOS DE TEATRO

—Le responderé a usted también este año interpretando en esa sala otra obra de su repertorio.

—No me incumba a mí adelantarme a las resoluciones de la dirección artística. Por el momento cumplo interpretando el papel que me han distribuido en "El calendario que perdió siete días", de Enrique Suárez de Deza, y que por encima de sus valores, que a mí no me permitieron jugar, en una nota de jerarquía.

—Cuarenta y siete años de vida teatral intensa?

—Junto a tantas y tan prominentes figuras que han ostentado por sus excepcionales talentos en ese mundo según se acostumbró, me distinguo por haberme a los veintidós años, autora e intérprete, como protagonista de mi propia trayectoria teatral. Cuarenta y siete años de consagración al teatro criollo, día por día, hora tras hora, sin haber nada más querido que el estudio que tiene de nosotros, el público que no nos vemos paragonar. Mi vida, al mismo, me parece de ser más simple, y puedo compararse muy bien con la vida cotidiana de cualquier hogar que vive sencillamente.

Trabajo, María Luisa me dedica, apenas sale el sol, con los niños, ni bebida prodigiosa. Luego, como no tengo traducción, me voy a la cama, salvo de paseo y teatro a las calles porteñas. Sin ningún compromiso, con conocidos y desconocidos, me halaga que la gente a mi paso me reconozca, ya por mi sencillez, sino porque como cuando voy en la calle la confianza que he ido en mi casa, y en el teatro, de mis camaradas de todos los días. Y agregue las horas que dedica las mujeres aborrecidas más allá de la peluquería y en la moda, y tantas que las pocas horas que restan me debo al teatro, porque mi pasión por el patrimonio teatral, y firme y sin cesar, me obliga a ser responsable cuando por primera vez interpreté mi papel de responsabilidad en "Cain".

—Y la abundancia de que en 1992 usaban patrillos rusos.

Blanca Podestá expresó a su nuestra época interpretando una coreografía, pero la verdadera respuesta la da un "tú", que abre la puerta de un reino a su...

—Estamos en?

—El año 1923, porque en 1924 pasamos al Smart para instalarnos definitivamente en esa sala, pero yo actué allí con pausadas intermitencias, hasta 1937.

—Y en 1937?

—Usted debe recordarlo.

—¿En el Argentino?

—Exactamente. Debutamos con "El pasado renace", comedia sin terminar de Enrique García Velloso, a la que dio feliz término Luis Rodríguez Acuña. Luego oímos "Hombre y mujer", de Enrique Suárez de Deza, "Orsina", de Moreno Rojas, y en 1939 otra pieza, "Opusculo", de Mario Danesi, ese señor de la escena y fuera de ella, me acompañó en calidad de primer actor, en las dos temporadas del Argentino. Volví al Smart en 1940, para presentarme con el estreno de "La vida que ha de nacer", de Rodríguez Acuña.

—Para ingresar año después al Nacional Cervantes?

—Desde 1941 a la fecha he trabajado en ese teatro.



lidad, que me proporcionaron la satisfacción de merecer la amistad y el estímulo de autores tan ilustres como los tres que he nombrado.

—¿Qué impresión personal guarda usted de aquellos autores?
—El recuerdo de ellos se mantiene vivo aun, si bien no podría asegurar que fueran como yo los veía entonces y continué viéndolos ahora. Los admiraba demasiado para verlos como eran en realidad; pero no creo que lo que fueron se diferenciara mucho del recuerdo que me dejaron.

—¿Trató usted a Florencio Sánchez?
—No mucho, pues además de que yo era muy joven cuando él murió, Florencio tuvo siempre un temperamento más solitario que sociable. Solía venir algunas noches al camarín de mi padre. Allí lo vi y lo escuché. Más lo primero que lo segundo, pues era de pocas palabras. Pero no necesitaba hablar para dar la sensación

de su talento. No lo vi reír nunca, y siempre parecía estar meditando en la elaboración de su obra. Sin embargo, tenía un carácter amable y su trato era más bien cordial y tolerante.

—¿Y Laferrère?
—Don Gregorio, como le decíamos todos, era la estampa antipoda de Florencio Sánchez. Al revés de Florencio, don Gregorio iba siempre a ella. En él podían tomar lecciones más distinguidos y distinción los actores, pero después se convirtió en su bente, para gloria de nuestra escena.

—¿Trató usted a Roberto Payró?
—No tanto como a los otros dos; pero solía venir algunas veces a nuestro teatro. Don Roberto no vivía tan vinculado al teatro como Sánchez y Laferrère; pero fue siempre un buen

amigo de los cómicos. Años después del estreno de "Marco Severi" se fué a Europa, y aunque no lo vimos en mucho tiempo, cada tanto se acordaba de sus amigos los Podestá y recibíamos noticias suyas de París o de Bruselas.

La Bella Otero y Pablo Podestá

—¿A quién más conoció usted en aquella época?
—A mucha gente. Entre mis relaciones de entonces estaba también la Bella Otero. Vino al teatro Nacional de la calle Corrientes, que fué construido e inaugurado por nosotros. Lo inauguramos en 1907, con el estreno de "Risa de careta", de Eduardo Lavigne, y la reposición de "Locos de verano". Poco después debutó allí la Bella Otero. Era realmente una mujer bella, como lo aseguraba su nombre artístico. Cuando vino a Buenos Aires ya había pasado los cuarenta años, y parecía que tuviera veinte. Cantaba en francés y en español. Re-

ANTES DE CUMPLIR LOS SEIS, BLANCA PODESTÁ HACIA PAPELES DE ANGELITO • EN CINCUENTA AÑOS DE TEATRO HA INTERPRETADO MAS DE QUINIENTOS PERSONAJES

Por **ANDRES MUÑOZ**

Una Primera Actriz a Los Doce Años de Edad

—¿Cómo empezó la cosa?
—La cosa empezó a fines del siglo pasado. Hija menor del mayor de los hermanos Podestá, Jerónimo, a los cinco o seis años ya formaba parte de la compañía de mi padre. La primera vez que salí a escena fué para hacer de angelito en una parodia de "Fausto". También intervenía en los bailes del circo o del conuario. Todo esto, antes de cumplir los once años.

Blanca Podestá hace una pausa, como para precisar sus recuerdos, y prosigue:

—Mi debut oficial fué cuando andaba entre los doce y los trece años. Me repartieron un papel dramático de primera actriz joven, en "Cain", una de las primeras obras de Enrique García Velloso, que estrenamos en el teatro Rivadavia, hoy Liceo. En esa obra coincidieron varios nombres que después habrían de quedar en el teatro: Orfilia Rico, Enrique Muñoz, Elías Allipé, Enrique Arellano, Félix Blanco, Julio Escarcella, los hermanos Petray y mi prima María Ester Podestá, que tenía seis años y ya cantaba canciones subida en una silla. A partir de aquel estreno continué siendo la primera dama joven de la compañía de mi padre.

Los primeros estrenos. Tres autores nacionales

—¿Qué otras obras estrenó usted por entonces?

—Unas cuantas, a pesar de que los éxitos se mantenían bastante tiempo en cartel. Por aquellos años estrenamos algunas obras que quedaron en el teatro nacional. Daremos algunos títulos: "Mi hijo el doctor", "Nuestros hijos", "Candilota" y "Cédulas de San Juan", de Florencio Sánchez; "Locos de verano", de Gregorio de Laferrère; "Entre las ruinas" y "Marco Severi", de Roberto Payró. En todos estos estrenos y en otros muchos, me tocó interpretar un papelito de responsabi-



Blanca Podestá en "La gaviota", de Nicolás Granado, estrenada en 1903 por la compañía de Jerónimo Podestá.

cueroo aún su magnífica cabellera negra y la cascada de brillantes con que se presentaba en escena. Era una artista deslumbrante por partida doble: por su figura y por sus joyas.

—¿Continuó usted mucho tiempo en la compañía de su padre?
—Hasta 1910. En ese año me contrató mi tío Pepe Podestá como primera actriz de una compañía en la que estaban Blanca Vidal, Olinda Bozán, Berta Gangloff, Luis Vittone Salvador Rosich, Segundo Pomar, Alberto Ballerini. También fuí primera actriz de mi tío Pablo Podestá.

—¿Trabajó usted muchas temporadas con su tío Pablo?
—No muchas, pero sí algunas. La primera fué en 1912, en el Apolo. Después volví con él al teatro Nuevo, también como primera actriz, en la temporada que en 1915 organizó y dirigió mi tío Pepe. Allí me encontré de nuevo con Orfilia Rico, que era la primera actriz de carácter. Y nuevamente volví con mi tío Pablo poco antes de que la muerte nos arrebatara a aquel gran actor, el más grande actor del teatro nacional.

—¿Qué impresiones conserva usted de Pablo Podestá?

—El arte de Pablo figura entre las emociones más fuertes que recibí a lo largo de mi carrera teatral. Su temperamento parecía una fuerza de la naturaleza en libertad, apenas controlada por la luz del entendimiento. De tal manera se posesionaba de sus personajes, que a cada instante estaba a punto de traspasar esa línea que divide la ficción de la realidad. Hacían falta mucha serenidad y mucha presencia de ánimo para enfrentarse con él en escena. Más de una vez, interpretando con él algún drama, tuve que dejar de lado el nombre de su personaje y decirle por lo bajo: "¡Pablo, Pablo, que me hace daño!". A veces tenía que repetirle alto para que me oyera y aflojara... Era realmente un verdadero actor dramático, tan verdadero que en él confundían a menudo la simulación y la verdad...

Los dramas de una actriz dramática

—¿Cuándo formó usted su primera compañía?

